

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1960 - Núms. 101-102



SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

Publicada por el Ayuntamiento de Sevilla
en el local que ocupa el antiguo Archivo de la
Real Audiencia de Sevilla, en el número 101 de la
calle de San Francisco, a las 12 de la noche.



EJEMPLAR NÚM. **157**

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

*EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.*

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1960



Tomo XXXII
Núms 101-102

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1960

M A Y O - A G O S T O

Nrs. 101-102

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- Celestino López Martínez.—*Archicofradía Sacramental de Jesús de la Pasión. Estudio documental*..... 169
- Vicente Romero Muñoz.—*Vida ejemplar de Toribio de Velasco*..... 195
- Francisco Alvarez.—*San Pablo, modelo del sacerdote y del apóstol*.. 219
-
- Juan Gotor.—*In Memoriam. José Andrés Vázquez*..... 243

MISCELANEA

- M. J. M.—*El monasterio de Santa Clara y las termitas*..... 249
- Luis J. Pedregal.—*Pequeña Historia de los Servitas de Sevilla y Tercer Centenario de su Orden Tercera en Sevilla*..... 251
- A. Domínguez Ortiz.—*Documentos para la Historia de Sevilla y su antiguo Reino*..... 263
- José Luis de la Rosa.—*El Belén, en el Evangelio, en el arte y en el sentimiento* 275
-
- LIBROS: Varios..... 289
- Manuel Justiniano. —*D. Felipe Cortínez y Murube* 295
-
- Revista de Revistas* 301
- Norberto Almandoz. *Crítica musical*..... 315

ARTICULOS ORIGINALES

SAN PABLO, MODELO DEL SACERDOTE Y DEL APOSTOL (*)

"Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo"

(1 Cor. 11,1).

PARA el atento lector de S. Pablo, sus cartas son un arsenal riquísimo de Teología y un venero inagotable de santidad. "Todo lo que sé, si sé de alguna cosa —afirmaba S. Juan Crisóstomo en su *Prefacio a las cartas del Apóstol*— se lo debo a la agudeza y bondad de este ingenio, porque he de confesar que no tengo valor para apartarme de su lectura". Y añadía: "Me duele y soporto pesadamente que a un hombre como éste no todos lo conozcan, según merece; es más, algunos saben tan poco de él que hasta desconocen el número de sus cartas. Y esto no se debe a falta de instrucción, sino a que no quieren tener asiduamente entre sus manos los escritos de un hombre tan santo".

En efecto, si S. Pablo es un teólogo que, aun en sus cartas menos doctrinales y en medio de cordiales efusiones y de exhortaciones paternalmente afectuosas, se eleva inesperadamente a las más altas cumbres de la contemplación teológica para proponer el misterio de Cristo y todas sus magníficas consecuencias, es a la vez un místico en vivencia perenne con Cristo, el primer representante, cronológicamente hablando, de la teología del corazón, que preludia la mística filosófica agustiniana y que, llevando en su cuerpo las marcas de Cristo, como consagrado por entero a su servicio (Gal. 6, 17), tiene impaciencia por verse libre de su cuerpo de muerte para llegar a la unión definitiva (Flp 1, 23), después de cantar la caridad como nadie (1 Cor. 13, 1-13).

Asimismo, si Dios le había escogido desde el seno de su

(*) Trabajo leído en la solemne inauguración del Curso 1960-1961 en el Seminario Metropolitano de Sevilla.

madre, le llamó por su gracia y le reveló a su Hijo, para que fuera su heraldo entre los gentiles, a fin de dar a conocer a todos cuál sea la economía del misterio escondido desde el origen de los siglos en Dios, según el designio eterno que se había propuesto en Cristo Jesús, Señor nuestro (Ef. 3, 8-11), es también el apóstol de la participación en la muerte y vida de Cristo dentro de un organismo, la Iglesia santa, que es su Cuerpo, ideas directrices de su Teología, que va desarrollando en sus escritos, hasta culminar perfecta en las cartas escritas durante su primera cautividad romana.

Ahora bien, si cuantos se han familiarizado con los escritos de S. Pablo han encarecido la riqueza y plenitud de su pensamiento, denso en extremo, y la concisión suma en su expresión, tales que las palabras parecen quebrarse bajo su peso, apareciendo como instrumentos defectuosos en la declaración de su contenido, esa densidad y concisión, sin embargo, no son un obstáculo infranqueable para penetrar en su alma y encontrar la clave, que nos descubra su grandeza como maestro de la vida espiritual de los continuadores de su obra de apostolado. Sus escritos, efectivamente, espejo de su alma y dechado de sinceridad, como conviene a un apóstol de Cristo, imagen a su vez de Dios, que lo es de luz y de verdad, nos permiten entrar y ahondar en su elevado pensamiento y noble corazón; vislumbrar las alturas luminosas en que se cernía su espíritu y contemplar con él, entre fulgores de vida divina, el gran misterio de Cristo Jesús, consecuencia, en último término, de la inefable caridad de Dios, por cuanto la breve y original definición de S. Juan: Dios es caridad, entra plenamente asimismo en la línea del pensamiento del Apóstol de las Gentes.

Pretendemos ahora escudriñar en su alma sacerdotal, tal como se manifiesta en sus cartas, especialmente en las llamadas Pastorales, donde, al mismo tiempo que señala a Timoteo y Tito las virtudes de que deben estar adornados, ante la presencia de síntomas inquietantes que podían comprometer la fe y la disciplina cristianas, les da normas para la predicación de la doctrina, a fin de que sepan cómo han de conducirse en la casa de Dios, que es la Iglesia, columna y fundamento de la verdad (1 Tim. 3,15). Ojalá que el resultado de este estudio sea, en cuantos buscamos el crecimiento de Cristo en las almas, el que, arraigados y fundados en la caridad, logremos participar de los anhelos del espíritu de S. Pablo, a saber, de que seamos capaces de comprender con todos los santos la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del misterio escondido desde el origen de los siglos en Dios; de conocer la caridad de Cristo, que su-

pera toda ciencia, a fin de que seamos llenos de toda la plenitud de Dios (Ef. 3, 18-19). Comprender más y mejor que la caridad de Cristo es incomprensible, he ahí la ciencia que el Apóstol desea para todos los fieles. Esa es la ciencia de los santos, y quien la posea será colmado con toda la plenitud de Dios, es decir, con todas las perfecciones divinas en la medida en que son comunicables a la criatura racional, ya aquí abajo mediante la gracia y los dones sobrenaturales, ya en la otra vida, una vez lograda la restauración definitiva, por cuanto esa tal ciencia de Dios y de su Enviado, acto fundamental de la vida adquirida por el cristiano, preludia la visión beatífica de la gloria (Jn. 17, 3).

Y el considerar a S. Pablo como sacerdote, no es estudiar su gigante personalidad bajo un aspecto parcial o secundario; se trata, por el contrario, de lo más íntimo que en él podemos examinar, puesto que, desde cualquier ángulo que lo miremos, aunque sean muchas las facetas que presente en su carácter maravillosamente complejo, ya sea como teólogo o místico, ya como misionero u orador, ya como escritor o fundador y organizador de las nuevas comunidades cristianas, el móvil de toda su actividad es siempre uno mismo: su sacerdocio, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas, mostrándose en toda su acción como modelo de los que han sido llamados a trabajar en el ministerio de la palabra.

Y en S. Pablo como sacerdote, pretendo presentar, ante todo, al apóstol, que se da sin reservas a Dios, a Cristo, a la Iglesia, a todos sus prójimos; en una entrega que es a la vez una donación de todo su ser: de su cuerpo, de su corazón, de su voluntad, de su espíritu hasta lo más íntimo de su alma, para hacer participantes a todos los hombres de la "buena nueva", el mensaje de salvación universal que Jesús-Mesías, Hijo de Dios hecho hombre, vino a traer al mundo, para volver a divinizar a los hombres, sus hermanos. Esto es lo que el Apóstol tiene como más específico del sacerdote de Cristo, y que ha sintetizado en la expresión *ánthropos theou*: hombre de Dios, que emplea dos veces en las cartas a Timoteo: una, al recordarle su condición de servidor de Dios, de enviado por Dios, de escogido mediante la imposición de las manos, de consagrado especialmente a Dios (Tim. 6, 11); la otra, cuando le pondera la eficacia de la Sagrada Escritura, que, siendo espirada por Dios, es un instrumento sumamente eficaz, puesto a disposición de los obreros del Evangelio, para ayudarles a cumplir toda obra buena y formarles en orden a la salud por la fe en Jesucristo (2 Tim. 3, 15-17).

Con esa expresión tomada, sin duda, por S. Pablo del A. Tes-

tamento (1 Re. 2, 27; Dt. 33, 1; Sal. 89, 1) se designaba a los profetas y videntes, consagrados por vocación divina especial al servicio de Dios; pero la mente iluminada del Apóstol ahonda y completa su sentido, y ve en el hombre de Dios al sacerdote, como colaborador suyo, es decir, compañero y cómplice del mismo trabajo (1 Cor. 3, 9); es un cooperador y ministro de Jesucristo, porque, consagrado a su servicio, debe trabajar en la tarea que le ha sido asignada, no teniendo su vida otra finalidad que el cumplimiento de la voluntad de su Señor, la ejecución de sus mandatos, la realización de su obra (1 Cor. 3, 5). Servidor, por otra parte, de Cristo y ecónomo de los misterios de Dios, no es dueño del mensaje de fe que predica, ni tampoco depende de él el asentimiento que a su doctrina presten los fieles; por lo mismo, debe ser simple administrador, que debe rendir fielmente cuenta en la dispensación de las verdades reveladas, y recordar que es un simple instrumento, intermediario y portavoz que Dios ha escogido para su servicio y no para su propia gloria (1 Cor. 4,1).

El sacerdote es, además, un hombre divino: Dios habla con él y por él; toda su vida viene de Cristo y tiende a Cristo y, en consecuencia, el sacerdocio cristiano está incluido en el plan divino, que abarca todas las relaciones de Dios con la humanidad y la razón de ser de la creación. Es, finalmente, el sacerdote heraldo de Cristo (2 Cor. 5, 20), que ha recibido el encargo de predicar la ciencia sagrada y divina, para introducir a los hombres en los misterios sagrados y purificarlos de sus pecados; quien los convierte, en suma, en criaturas de Dios. Su oficio de embajador exige que represente a Dios entre los hombres, que logre la reconciliación de quienes eran antes enemigos suyos, después de haber cooperado a derramar por todas partes el aroma vivificante del conocimiento revelado en Cristo. De la misma manera que, al arder el incienso, descubre su presencia por el olor que desprende, así la presencia del sacerdote, ungido por Dios, y aun del discípulo de Cristo, digno de este nombre, debe espacir en torno de sí el buen olor de Cristo para vida (2 Cor. 2, 14-15). Recordaba, sin duda, S. Pablo la exhortación que dirigía a sus lectores el autor del libro del Eclesiástico: "Derramad suave aroma como incienso; echad flores como el lirio; exhalad perfume suave y entonad cánticos de alabanza, bendiciendo al Señor en todas sus obras" (39, 18-19). Así ve el Apóstol al hombre de Dios, al sacerdote, y por ello es el más alto título de gloria que ha reivindicado para sí.

Ahora bien; lo más fundamental en el sacerdocio, según S. Pablo, es la vocación, un ser elegido y llamado a participar en

las altas funciones sacerdotales de Cristo en una mística semejanza con El, después de poseer, en cierta medida, su espíritu y una particularísima solidaridad de vida y de sufrimientos. Esta conciencia de su vocación está tan arraigada en su alma ardiente y generosa; tiene para él un origen tan enraizado en una acción divina especial, por cuanto Dios le ha reservado para su servicio ya desde el regazo de su madre (Gal. 1, 15), por pura benevolencia, y le ha llamado al apostolado por su gracia, que no tolera la más mínima oposición por parte de sus constantes y encarnizados adversarios, los judaizantes, quienes, con objeto de arruinar su obra, atacaban descaradamente su persona y elección para el apostolado. Así se explica que, en la introducción a cada una de sus cartas, insista casi siempre en el hecho de su vocación, añadiendo a su título de apóstol el haber sido llamado por Dios. "Pablo —escribe en la carta a los Romanos— siervo de Cristo Jesús, llamado al apostolado, elegido para predicar el Evangelio de Dios que por sus profetas había prometido en las Santas Escrituras acerca de su Hijo... del cual hemos recibido la gracia y el apostolado para promover la obediencia a la fe para gloria de su nombre en todas las naciones" (Rom. 1, 1-5). La función apostólica, en consecuencia, tiene su origen en la elección divina; es una gracia recibida por mediación de Cristo, para que el apóstol, consagrado enteramente al servicio del Evangelio, la obra de Dios, rinda todas las inteligencias a la obediencia de la fe, a fin de que Cristo reine en todas las almas.

De la vocación nace, a su vez, la tremenda responsabilidad en el cumplimiento de su ministerio, en tal manera que exige de él el empleo de todas sus energías, a fin de ganar a todos para su Señor. Es también la vocación divina la condición necesaria para el ejercicio gozoso del ministerio sacerdotal, al mismo tiempo que una invitación, una llamada constante a la fidelidad hasta el renunciamiento y el sacrificio.

Pero si la vocación divina es elemento fundamental en el sacerdocio cristiano, su factor esencial es el amor; un amor, que es como un íntimo estar embriagado por la misión sobrenatural que le ha sido confiada, tanto que no está en su mano, como un nuevo Jeremías, el dejar de proclamarla y de cumplirla: "¡Ay de mí si no predicare el Evangelio!" (1 Cor. 9,16). De la misma manera que el profeta se daba cuenta de que la misión recibida de Dios era como un fuego abrasador, que llevaba dentro de sus huesos, fuego que no podía contener (Jer. 20, 7 sig), así el apóstol siente que pesa sobre él una fuerza que lo subyuga, la fuerza irresistible que sobre él ejerce el amor de Jesucristo; prefiere morir antes de privarse de su gloria, por cuanto evange-

lizar no es gloria para él, sino necesidad que le incumbe. Es también en el amor, donde hace radicar S. Pablo la garantía eficiente de su apostolado, porque no ignoraba que Cristo ha fundamentado su Iglesia en el amor entre El y sus ministros, entre el sacerdote y los fieles, amor derivado del común de uno y otros a su Redentor, de quien rebosa en las almas la inmensa caridad del Padre. Ese mutuo amor entre el sacerdote y los fieles, que debe tener como modelo la unión del Padre y del Hijo; más todavía, que debe ser una participación de la misma, puesto que debe ser uno, no sólo por la gracia que los hace participantes de la naturaleza divina, sino también porque deben tener, como el Padre y el Hijo, un mismo pensamiento y un mismo amor, es el mejor apostolado, el argumento apologético más valioso, por cuanto prueba el origen divino de Jesús y el amor del Padre; Cristo ha querido seducir al mundo y atraerlo a Sí por esa pacífica unión de los espíritus cristianos y el común sentir de sus corazones, purificados y ennoblecidos por la caridad. En consecuencia, si el origen del apostolado es la voluntad de Dios Padre y no la elección de los hombres; si su objeto es el Evangelio, la formación en los corazones de los fieles de la caridad, plenitud de la Ley; si su quehacer constante es la edificación del Cuerpo místico de Cristo; de la misma manera que la vida de Jesús fue un continuo servicio y un sacrificio ininterrumpido, un trabajo de siervo y una vida de esclavo; así, en correspondencia a esa predilección de Jesús, su ministro o apóstol, mediante la caridad, forma esencial de la perfección sacerdotal y cristiana, debe identificarse con los trabajos, la pasión de Cristo, de tal modo que cada uno de ellos no lo es tal, sino en la medida en que el sentimiento de su misión descanse en una unidad de sentir y de obrar con El, por muy variadas que puedan ser las manifestaciones individuales de ese sentimiento. He ahí por qué el sufrimiento es para S. Pablo el sacramento, por el cual se consuma la convivencia mística, la identificación con Cristo: cuanto mayores sean los padecimientos con Cristo, tanto mayor la unión con El. S. Agustín, comentando las palabras del Señor: "Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido primero", diría enérgicamente: "Rechusa estar en el cuerpo, quien no quiere sobrellevar el odio con la cabeza". Si la vida del apóstol, por consiguiente, es una muerte continua, esto se ordena a que la vida gloriosa de Jesús se manifieste en su cuerpo, y de esta manera ejerce su eficacia en él y en la vida de los fieles; es decir, el ministro del Evangelio ha de reproducir en sí mismo la muerte de Cristo, para poder reproducir en los hombres la vida de Cristo: reciben, en suma, la muerte para dar la vida.

Por lo demás, esta doctrina de S. Pablo es igualmente una consecuencia de la vocación: los sacerdotes y todos los fieles han sido llamados para ser, en primer término, santos e inmaculados en la presencia de Dios por la caridad, para alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos agració en su amado Hijo (Ef. 1, 4-6). Deben ser santos, o sea, separados del mundo y consagrados a Dios y, por tanto, sin tacha en su presencia; con santidad perfecta en pensamientos y acciones, capaz de complacer a quien escruta los corazones; y esto, mediante la caridad, que los hace realmente santos en la presencia de Dios, a fin de que la gracia divina brille con todo esplendor, excitando la admiración de los hombres y de los ángeles, y de este modo la bondad y magnificencia divinas se harán patentes en su dones logrados para los fieles por el Unigénito del Padre. Y escribiendo a Timoteo señala la ley fundamental de la vida del sacerdote: "Digna de fe es esta palabra: si somos muertos con El, también con El viviremos; si constantemente sufrimos, también con El reinaremos" (2 Tim. 2, 11-12). Y poco antes había dicho: "Soporta con fortaleza los trabajos por la causa del Evangelio en el poder de Dios, que nos salvó y nos llamó con vocación santa, no en virtud de nuestras obras, sino en virtud de su propósito y de la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos eternos" (2 Tim. 1, 8-9).

En la teología paulina, que ilumina las palabras del Salvador: "Quien otra vez no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de los cielos" (Jn. 3, 5), la iniciación para la vida eterna, que nos dio el Padre y que está en su Hijo, se alcanza por el bautismo, mediante el cual quedamos como sumergidos en Cristo y en su muerte, místicamente compenetrados y muertos con El. Es a manera de una comunión en la muerte y sepultura del Redentor. Ese pensamiento de inmersión en el bautismo sugiere al apóstol esta otra idea: la de sepultura, que al igual que en Cristo, ha de ser punto de partida de la resurrección, de vida eterna. La inmersión nos sepulta con Jesús, para hacernos morir al pecado, y la emersión nos resucita con El, infundiéndonos la vida de la gracia, germen de la gloria. Pero el bautismo no produce esos maravillosos efectos, sino por medio de la fe, cuyo objeto primordial es la resurrección de Jesucristo, en la cual se manifiesta, con tanta claridad como eficacia, el poder del Padre, que le ha sentado a su diestra como Rey y Señor, asociándolo plenamente a su propia gloria. "Con El fuísteis sepultados en el bautismo y en El asimismo fuísteis resucitados por la fe en el poder de Dios, que le resucitó de entre los muertos" (Col. 2, 12).

Con más amplitud trata S. Pablo en la carta a los Romanos sobre esta imagen del bautismo, deduciendo todas sus consecuencias (6, 3-9). Habitados a la significación únicamente religiosa del término y rito del bautismo, nos es difícil percibir todo el simbolismo que encerraba para los primeros cristianos. El bautizado muere al pecado; el bautismo, por tanto, no es un simple rito exterior, que exprese un cierto cambio interior del alma del creyente, la conversión; es también la marca de una unión real entre Cristo y el bautizado, que participa de su muerte, no sólo por recibir las gracias que de ella derivan, sino también por solidarizarse con ella. Era, en consecuencia, el bautismo el principio de una unión nueva con Cristo, glorioso en verdad, pero igualmente tal como había vivido sobre esta tierra; una participación en todo lo que había realizado por la salvación del mundo. Todo lo pasado queda como abolido, como muerto. "Vosotros estáis muertos —escribe a los Colosenses— y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (3, 3). Ante el bautizado resplandece un nuevo ideal moral, una concepción nueva de Dios y del mundo, una nueva idea acerca de la humanidad, un nuevo ideal social basado en el amor a Cristo resucitado de entre los muertos. Al ser sepultado con Cristo, el bautizado, la vida de la gracia queda ciertamente oculta en el fondo del alma; pero, de la misma manera que una semilla depositada en la tierra muere para dar origen a una planta, que crece, produce flores y da frutos, así el cristiano muere para renacer, crecer unido a Cristo y dar frutos de vida, que llevan a la resurrección. El hombre viejo fue crucificado con Cristo, a fin de que el cuerpo del pecado sea aniquilado y ya no sirva más al pecado. (Rom. 6, 6).

Y es que el bautizado es a la vez revestido de Cristo (Gal. 3, 27; Ef 4, 23). Revestirse de Cristo: esta bellísima imagen, frecuente en San Pablo, no la ha tomado él de los misterios griegos, en los que se revestía con la vestidura propia de la divinidad al que iba a ser consagrado al servicio de la misma; revestirse de justicia, de fortaleza, etc., era imagen corriente entre los judíos. Para el apóstol no significa un vestido añadido y como superpuesto; indica una transformación ya verificada y en progreso constante, que se extiende al hombre entero y lo cambia en un ser nuevo. No se trata, por consiguiente, de algo exterior, superficial, sino de una realidad que imprime en el alma la semejanza, lo más perfecta posible, con Cristo, y que es una verdadera creación. En posesión de ella, el bautizado se abandona al poder formativo de Cristo y lo copia en todo, sin contentarse con una simple semejanza exterior; si el pecado lo había despo-

jado de la imagen de Dios, gracias a esa muerte, que destruye el imperio del pecado, esa imagen brilla de nuevo en el bautizado.

En este sentido escribía a los Colosenses: "Os habéis despojado del hombre viejo con sus hechos y revestido del nuevo, que se va renovando en orden al pleno conocimiento, conforme a la imagen del que lo creó... Como elegidos, pues, de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, humildad, mansedumbre y longanimidad" (3, 9-12). "Renovaos en vuestro espíritu —clama a los fieles de Efeso— y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios, en justicia y santidad verdaderas" (4, 23-24). El bautizado, por tanto, es creado según Dios; llega a ser la imagen y semejanza de Dios, por cuanto ha sido creado en justicia y santidad verdaderas, es decir, en la perfección total, porque esto es lo que significan los dos términos, justicia y santidad, unidos. Esa perfección debe manifestarse bien pronto por las flores y frutos de todas las virtudes. Si el cristiano es hijo bien amado de Dios, que ha impreso en el alma su semejanza por la gracia, debe hacerla más perfecta por el ejercicio de las virtudes, especialmente por la caridad, a imitación de Cristo Jesús, que le amó y se entregó por él a Dios en oblación y sacrificio, como ofrenda espontánea y amorosa de agradable olor.

La última consecuencia de esa misteriosa semejanza y solidaridad que contraemos con Cristo en el bautismo, solidaridad que nos hace ahora partícipe de su muerte y más tarde de su resurrección, la deduce S. Pablo cuando escribe a los Gálatas y les dice: "Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí (2, 19-20). El apóstol, por tanto, ha sido crucificado sobre la cima del Calvario y lo sigue estando en el bautismo, aunque esa crucifixión no sea más que un preliminar o primer momento de una identificación con Cristo, que no ha de tener fin. Pero es ya tan íntima, que Cristo vive en todos y cada uno de los bautizados, formando un solo Cuerpo, un solo Cristo: nosotros en Cristo y Cristo en nosotros y como la vida en los seres intelectuales es, ante todo, el ejercicio de las funciones superiores: sentir, pensar, amar; luego, si Cristo vive en el bautizado, siente y ama con él, piensa con él. Es más: su vida no sólo ha sido asociada a la de Cristo, ha sido sustituida, aunque no físicamente, por la de Cristo. El bautizado ha renacido, puesto que en él aparece una vida nueva, una persona nueva, a saber, la vida y persona de Cristo; en consecuencia, el bautizado ha sido cambiado en Cristo; es, de hecho, un nuevo Cristo.

Formamos con El, por tanto, un organismo viviente, amplísimo y compenetrado, una sola persona moral. Y al ser, en este Cuerpo místico, Cristo la cabeza y nosotros los miembros,

dada la fuerza absorbente y predominante de la cabeza, no sólo debe mediar en él un comercio vital, un influjo mutuo, sino, al mismo tiempo, una plena e íntima identificación. De la misma manera que la rama injertada en el árbol vive de su vida, se nutre de su savia, que convierte en sustancia propia y en principio parece morir con él, para después renacer y dar frutos; así nosotros morimos con Cristo al pecado, resurgimos a nueva vida y participamos de la de Cristo con abundantes frutos para la vida eterna, denominada por S. Pablo simplemente vida. Esta inmanencia vivificadora de Cristo en nosotros remueve en primer término, las dos servidumbres que nos oprimían: la tiranía del pecado y la esclavitud de la Ley, e induce la nueva forma que, con suavidad y fuerza a la vez, penetra los sentimientos del ánimo y cambia los deseos de la voluntad, hasta no querer sino lo que Cristo quiere y desear lo que El desea. "Quien al Señor se allega —escribe el apóstol— un espíritu es con El" (1 Cor, 6, 17). Este era el vehemente deseo de S. Pablo para todos los sacerdotes y ministros de la palabra y así lo manifestó en las últimas palabras dirigidas a Timoteo: "El Señor Jesucristo sea con tu espíritu" (2 Tim. 4, 22).

En el bautizado, por consiguiente, se opera una creación en Cristo Jesús. "El que es de Cristo —afirma gozosamente S. Pablo— se ha hecho criatura nueva; lo viejo pasó, se ha hecho nuevo. Mas todo esto viene de Dios, que por Cristo nos ha reconciliado consigo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación" (2 Cor. 5, 17-18). El renacido en Cristo por el bautismo, en consecuencia, llega a ser moral y espiritualmente una nueva criatura. El hombre viejo con sus pecados y perversas inclinaciones, con sus prejuicios y egoísmo, queda abolido; ha muerto y ha sido crucificado con Cristo. Se ha instaurado, por consiguiente, un nuevo orden divino, en que la gracia es el principio de vida; mejor dicho, es Cristo mismo que vive en cada uno de los suyos. Por eso exclama triunfalmente el apóstol: todo un mundo nuevo ha surgido, porque, en efecto, ha comenzado una nueva era con Cristo, maravillosa transformación espiritual, más difícil y esplendorosa que la producción del cielo y de la tierra. Cuando uno se encuentra con Cristo —y bien lo había experimentado el Apóstol— toda su existencia queda como situada en otro terreno, convirtiéndose en una nueva criatura; es como un desaparecido por una muerte mística, que ha dejado con Cristo el sudario en la tumba vacía de su pasado. Ahora bien; un cambio tan radical no puede ser el término de una evolución espontánea o de los esfuerzos del hombre; Dios tan sólo es el autor de esa transformación mediante Cristo, como

lo había sido de la creación material y sensible por su Verbo. Jesús, por su encarnación y sacrificio, ha logrado esa renovación, confiando a sus ministros, los sacerdotes, la continuación y permanencia de su obra. Y si de todos los cristianos, en general, pudo escribir S. Pablo: "De Dios somos hechura, creados en Cristo Jesús para obras buenas, que preparó de antemano, a fin de que caminásemos en ellas" (Ef. 2, 10), en tal manera que cada uno de ellos viene a ser como una obra portentosa de la omnipotencia divina, infinitamente superior al mundo sensible y a todo el orden natural de las criaturas, aun de las más elevadas; con cuanta mayor razón pudo decir de los sacerdotes que han sido creados en Cristo en orden a obras buenas, no sólo de la propia santificación, sino también de la de sus hermanos, como continuadores de la obra de la redención. Ellos sí que son un poema de la sabiduría, de la bondad y del poder soberano de Dios.

La muerte y la crucifixión de Cristo tienen, además, para S. Pablo otra eficacia: si Cristo murió por nosotros, en retorno, siguiendo su ejemplo, nosotros hemos de morir, no sólo a nosotros mismos, sino también por la salvación de nuestros hermanos. Hemos muerto en Cristo y hemos de morir por Cristo; muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. Porque si El murió al pecado que por su dignación había tomado sobre sí, también nosotros debemos estar muertos para el pecado, hasta que nuestra vida quede totalmente escondida con Cristo en Dios. De este modo conseguiremos que, cuando Cristo que es nuestra vida se manifestare, seamos también nosotros manifestados con El en gloria (Col. 3, 3-4). Su gloria en el cielo es también ya nuestra gloria; que nuestra vida, por tanto, sea del todo celestial, no teniendo gusto, ni pensamiento, ni solicitud que para las cosas del cielo. Si ahora la vida de la gracia está oculta en el fondo del alma, un día, aquél en que Cristo vendrá a inaugurar la fase definitiva de su reino, la gracia se transformará en gloria, y seremos asociados a su triunfo. Para lograrlo, de la misma manera que el apóstol vivía crucificado para el mundo y el mundo para él, así debe esforzarse el discípulo de Cristo, a fin de que el mundo llegue a ser para él objeto de horror y de maldición. S. Pablo lo había conseguido, por cuanto había hecho de su cuerpo, y así lo había presentado al Señor, como una víctima viviente, santa, agradable a Dios. (Rom. 12, 1). Sabía que los sacrificios de animales, ofrecidos al Señor en la ley mosaica, con el fin de judaísmo, quedaban suprimidos; no ignoraba, por otra parte, que todos esos sacrificios eran únicamente sustitutivos del hombre, que es el que debía

ofrecerse a sí mismo a Dios. Esto es lo que acontece en la Ley evangélica: el sacrificio lo constituyen los mismos fieles, que, viviendo la vida de Cristo, ofrecen al Señor el sacrificio que más le agrada y, por ello, merecen ser llamados santos. Lejos, en consecuencia, de entregar sus miembros el cristiano, como instrumento de iniquidad, al pecado (Rom. 6, 13), es necesario donarse todo a Dios, a fin de vivir conforme a la nueva vida adquirida en Cristo. De este modo, ni el cuerpo ni sus miembros servirán ya al mal, sino que serán instrumentos de la expansión del reino de la justicia de Dios. Así procedía el apóstol, cuya mente, de tal manera se había renovado en el Espíritu Santo, que sabía discernir y cumplir la voluntad del Señor en lo bueno, en lo agradable, en lo perfecto, alcanzando un pleno conocimiento de esa voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, fructificando, consiguientemente, en toda obra buena.

A lograr esa plenitud, intensidad, elevación y continuo progreso en la vida del espíritu invita S. Pablo a los sacerdotes y a todos los que quieran ser cooperadores de la obra de Cristo; solamente poseyendo esa vida, podrán comunicarla a los demás. Para ello, deben tener los sentimientos de quien vive y siente en Cristo; pensar lo verdadero, lo decoroso, lo justo y realizarlo en su presencia, y entonces el Dios de la paz será con ellos y con sus trabajos. Porque, aun cuando la eficacia en el ministerio apostólico provenga totalmente de Dios, y a su virtud se haya de atribuir exclusivamente el fruto del trabajo, la activa cooperación de los ministros es condición necesaria en la actual economía divina; pero esa cooperación eficiente por parte de los ministros en la obra de la salud no podrá obtenerse sin un decidido empeño por conformarse a la imagen de Jesucristo bajo la acción del Espíritu Santo.

Se maravillaba el apóstol de que la imagen de Jesús crucificado, que había puesto delante de los ojos de los Gálatas, no hubiera bastado para apartarlos de la fascinación que sobre ellos ejercía la vieja Ley de Moisés. Pues bien, esa divina imagen debe ser también para los sacerdotes y operarios del bien a manera de portentoso talismán, que los aparte del mundo y los impela y los remolque por el camino de la santidad. Si como enseña Santo Tomás, aun la misma perfección natural es un deber estricto de todos los seres, por cuanto, al consistir esa perfección en la actuación de la forma sustancial según su propio fin, esa actuación es una ley eterna, de la cual ningún ser existente puede eximirse (*Suma teo.* 1, q. 21 *ad* 3 *um.*); elevados todos los fieles a un fin sobrenatural, si todos ellos deben cuidar con sumo interés la perfección de la gracia, ese cuidado incumbe eviden-

temente en mayor grado a los sacerdotes y continuadores de la obra evangélica, y es precisamente la santidad, entre los valores del espíritu, la que los introduce en el seno mismo de Dios, para poder desde ahí extender su influencia en todos los ámbitos de la sociedad.

Para esto, a ejemplo de San Pablo, hay que despreciar lo temporal, hay que superar el hombre existencial, para que se muestre la imagen de Dios, el ideal de Dios, como él dice. Comenzó por darnos el ejemplo: lo que estimaba como ganancia antes de su conversión, lo juzgó después como estorbo y verdadera pérdida, comparado con la eminencia del conocimiento de Cristo, por quien dio al traste con todo, a fin de ganarlo y ser hallado en El (Filp. 3, 7 sg.). Todas las ventajas que el Apóstol había obtenido por su nacimiento, como perteneciente al pueblo de Israel, el pueblo escogido por Dios como depositario de la revelación divina; por ser oriundo de la tribu de Benjamín, en una de cuyas ciudades, Jerusalén, había sido edificado el Templo, único lugar en la tierra en que era adorado el verdadero Dios, y la única tribu que con Judá había permanecido fiel a la dinastía davídica y al culto legítimo; por haberse mantenido adicto, aunque nacido en Tarso entre los judíos de la Diáspora, a las tradiciones judías como el más celoso de los fariseos, mirando como su deber primordial el mantener la Ley en todo su integridad, celo que le había llevado a perseguir a la Iglesia de Cristo; pues bien, todos esos títulos de gloria, agrandados por sus méritos personales, los ha despreciado y considerado como un perjuicio y detrimento, desde que ha conocido a Cristo. Es más, todas las ventajas humanas y terrestres son para él engañosas, porque es en Cristo solo donde puede encontrar los verdaderos bienes que merezcan ese nombre; todo lo demás sin Cristo es como estiércol e inmundicia. La ganancia inmensa que ha obtenido, al ganar a Cristo, es la verdadera justicia, que proviene de Dios y está fundada en la fe, y, mediante la cual, se alcanza el conocimiento de Cristo, verdadera sabiduría, y la participación en sus padecimientos.

La ciencia y conocimiento de Cristo, en efecto, es de tal calidad y en tal modo sobrepuja todas las cosas, que en su comparación todas ellas son sórdidas y nocivas. He ahí por qué S. Pablo las ha superado con la gracia de Dios, las ha alejado de sí y despreciado, a fin de hacer suyo a Cristo, o mejor dicho, para que El lo haga suyo, en El exista y viva. Para ello, puestos los ojos en la meta, corre hacia el premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús (Filp. 3, 12). Y recordando la imagen bien conocida del atleta que se lanza hacia la meta, a fin de conseguir

la corona del triunfo, el Apóstol, si juzga que no ha llegado todavía a la perfección, se arroja en su persecución con todas sus fuerzas; intenta apresar a Cristo con todo el ímpetu del amor con que el mismo Jesús le ha apresado a él, después de subyugarle en el camino de Damasco. El perseguidor de otros tiempos se ha lanzado a una nueva persecución, la persecución del amor después de la del odio, y la segunda, más ardiente, más impetuosa que la primera, es toda una carrera para alcanzar la meta: Cristo crucificado. Es una lucha incesante con un fin bien preciso, poniendo en juego los medios más adecuados. Corre no como a la ventura, ni como quien da en el aire, sino que abofetea su cuerpo y lo reduce a servidumbre, no sea que, después de pregonar el premio para otros, quede descalificado (1 Cor. 9, 26 sig.) Toda su vida, por tanto, a raíz de su conversión, no tiene más que un fin, un solo sentido: alcanzar, apresar a Cristo. Su cuerpo es para él como un adversario y, en consecuencia, lo castiga de tal modo que lo ha puesto fuera de combate. Porque si él, como heraldo, ha dado a otros la señal de la carrera, si no obrara de esa manera, pudiera quedar descalificado, después de haber sido el entrenador de tantos campeones (1 Cor. 6, 27).

Por lo demás, es natural el ser de esta lucha. Al formar el cristiano, y otro tanto el sacerdote, parte del mundo, el mundo vive en él; lo lleva dentro de sí, puesto que, existente en el mundo, no puede desprenderse de su vida. Son conmovedoras, a este propósito, las angustias y congojas del Apóstol que agitan su alma bajo el peso de la vida terrena. "Me complazco —dice— en la ley de Dios según el hombre interior, mas veo otra ley en mis miembros que hace la guerra a la ley de la razón y me tiene amarrado como cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desventurado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo, Señor nuestro" (Rom. 7, 22-25). Era, por consiguiente, el hombre, bajo la ley, sujeto de un conflicto íntimo, profundamente dramático. El hombre interior se encontraba en lucha constante con la carne, apoyada y reforzada por el pecado, lucha que no ha desaparecido bajo la ley evangélica, como si el discípulo de Cristo no tuviera que preocuparse de esa situación anterior; si el conflicto bajo la ley de gracia no es tan agudo, subsiste todavía, aunque se halle colocado en un plano diferente, por cuanto el hombre transformado por la gracia, sin descuidar el propio esfuerzo, posee los medios para vencer la carne y hacer triunfar la vida sobre la muerte. Pero sujeto aún al pecado e incapaz por sí mismo de liberarse de él, no puede sino implorar de Dios su salvación; tan sólo mediante la gracia divina, concedida por Jesucristo, po-

drá alejar de sí el dominio, la tiranía que ejercen sobre él el pecado y la muerte. La vida del cristiano ya no es una simple vida humana, sometida como antes a todas las exigencias de la carne; es una vida liberada, espiritual, porque Cristo nos ha arrancado a los poderes del mal, para colmarnos con las riquezas de su gloria.

Y si el hombre más solitario no puede sustraerse al influjo del mundo, menos el sacerdote, cuya vida, en el cumplimiento de su misión, consiste precisamente en vivir en el mundo. He ahí por qué el divino Maestro, en su oración por la Iglesia, ruega al Padre de este modo por sus sacerdotes: "No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como yo tampoco soy del mundo" (Jn. 17, 15). Todos los sacerdotes de Cristo, por tanto, tienen que pasar su vida en el mundo, donde han de cumplir su misión, aunque cada uno en su esfera y vocación, como afirma el Apóstol (1 Cor. 7, 17-24). Pero si todos han de trabajar en el mundo, no han de ser de este mundo, sino que, consagrados en la verdad y por la verdad, deben crecer y fructificar para la vida eterna. Es cierto que, por muy aislado que se viva, es casi imposible lograr la absoluta independencia con relación a la sociedad, y, por lo mismo, aun los santos, con su completo y perfecto despegue del mundo, no pudieron desentenderse por entero del ambiente en que vivieron, reflejando su espiritualidad la del tiempo en que florecieron. Por esta razón el divino Maestro, que exige de sus apóstoles una íntima unión personal con Dios, la que admiramos en S. Pablo, les manda que sean sal de la tierra, luz del mundo, ciudad sobre el monte (Mt. 5, 13-16), y la misma oración del Padrenuestro, la más sublime que conoce el mundo, no es más que un himno divino de la persona en la comunidad. Pero, repetimos: si el sacerdote ha de vivir en el mundo, no debe ser del mundo. El apóstol no se interesa por el mundo, tema central de toda la filosofía antigua, más que en la medida que constituye una escena, un camino, un obstáculo o una exigencia para el hombre, a fin de alcanzar la meta eterna. Su existencia en el mundo no constituía su ser; al contrario, es el ser de Pablo, apóstol de Jesucristo, el que existe en el mundo, vivió sobre él y, unido con Dios, supo dominarlo, señalando el camino a las almas místicas, que, por un dominio constante, paciente y progresivo, lo superaron del todo.

A su ejemplo, el sacerdote y el apóstol, conscientes de su misión y dignidad, deben ser superiores al mundo, dominarlo como el señor a su siervo, porque tienen la obligación de realizar los valores eternos; de lo contrario, renuncian a su vocación y

prefieren ser un producto de la tierra que crece, florece, madura y da frutos terrenos, en vez de ser, ennoblecido con valores eternos, el señor del mundo, que, por el triunfo del espíritu, consigue el ideal de su ser en el mundo y en la comunidad. Para alcanzar esta meta, nos aconseja el Apóstol que nos revistamos con la armadura de Dios, ceñidos nuestros lomos con la verdad, protegidos con la coraza de la justicia, calzados los pies con la preparación pronta para el Evangelio de la paz, abrazando en toda ocasión el escudo de la fe, tomando asimismo el yelmo de la esperanza de la salud y la espada del espíritu, la palabra de Dios; orando con toda oración y súplica y velando con toda perseverancia, a fin de poder luchar denodadamente y alcanzar la victoria final (Ef. 6, 10-18). Hermosamente ha descrito S. Pablo, en este pasaje, las armas de la milicia cristiana, a semejanza de los soldados romanos, bajo cuya custodia se encontraba, al escribir a los fieles de Efeso. El sacerdote y el apóstol deben revestirse de las armas, que el mismo Dios les ha forjado, y que pone a su disposición; El los quiere equipados de pies a cabeza, porque la lucha es contra un enemigo que, además de la fuerza, emplea la astucia: es al mismo tiempo un león (1 Pet. 5, 8) y una serpiente (1 Tim. 2, 14). En ese ejercicio incesante de todas las virtudes, por la práctica de una ascética eminentemente positiva, se halla la base de toda vida espiritual, que, por ser vida, ha de serlo en todas sus manifestaciones, hasta alcanzar la perfección cabal. Así lo quería el Apóstol, que deseaba para los fieles un desarrollo proporcionado a la plenitud de Cristo (Ef. 4, 13).

Pero el arma por excelencia del sacerdote y de todo cooperador en el ministerio de la palabra es la oración, la unión con Dios para participar de su omnipotencia; quien acompañe sus trabajos con la oración, puede tener la certeza absoluta de que Jesús trabaja en íntima colaboración con él, siempre para gloria del Padre. Lo afirmó solemnemente, y repetidas veces, el divino Maestro en el sermón de la Cena sobre la oración hecha en orden al fruto del ministerio apostólico, continuación del suyo. Supuesta la unión con El y la permanencia en El por la fe y el amor, todavía es necesario, para trabajar provechosamente en la propagación del reino de Dios, elevarse hasta el cielo y buscar por medio de la oración las influencias divinas, con la seguridad de obtener en todo momento lo que se pida en nombre de Jesús; los apóstoles serán escuchados siempre, porque El está junto al Padre para acoger sus peticiones y venir en su ayuda. Los discursos son impotentes para convencer a los hombres, cuando se trata de verdades de orden sobrenatural; sólo la gracia es eficaz y ésta se alcanza por la oración. Por lo mismo, sin la gracia de

Dios en las almas, son vanos todos los esfuerzos. Dios, que es la fuente de la vida en el orden físico, lo es igualmente en el orden moral. El hombre puede, sí, poner la semilla en contacto con la tierra, pero la vida es lo que la hace germinar y crecer y esta vida está fuera del alcance del poder del hombre. S. Pablo, con tan larga experiencia misionera pudo escribir: "Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento" (1 Cor. 3, 7). Dios, que, sin intermediarios y por su acción inmanente en las almas, pudiera asegurar el crecimiento de la palabra evangélica, ha querido servirse de cooperadores; pero la bendición divina, ya se trate de la iniciación en la fe, ya de su progreso, es necesaria en toda obra apostólica para que llegue a plena madurez. Prenda de la intervención divina, según la promesa de Jesús, es la oración; en consecuencia, si el mundo va mal, piensen los operarios de la viña del Señor que irá mejor, cuando ellos quieran: cuando se decidan a orar.

Y junto a la oración, alma de todo apostolado, la caridad en sus dos formas inseparables: Dios y el prójimo. Recordamos, a este propósito, que no se puede concebir sistema más radicalmente opuesto a la doctrina del Apóstol, que pretender fundamentar en ella la teoría de la justificación por la fe sin obras, sin caridad. La fe en S. Pablo no es tan sólo una convicción intelectual, o una mera adhesión del espíritu a una creencia, sino la total sumisión de la inteligencia con la plena entrega de sí mismo; es el someterse con la inteligencia, con el corazón y con la voluntad al juicio de Dios; es, en suma, una nueva vida que actúa por medio de la caridad, latente en la fe como el fruto en la semilla. Por eso, todo el que confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, debe poner en Él su confianza y entregarle su corazón. En S. Pablo, el amor es lo supremo, el fundamento sobrenatural de la vida, la raíz de toda subiduría y, en última instancia, la fuente originaria de la misma misión pastoral de la Iglesia.

Y por cuanto el amor de Dios necesariamente tiene que derramarse sobre el prójimo, imagen visible de Dios, un apóstol sin caridad fraterna no tendría razón de ser. "La gracia de la ordenación —escribía S. Pablo a su predilecto Timoteo— te ha conferido un espíritu de caridad, que es el fin del Evangelio" (1 Tim. 1, 5; 2 Tim. 1, 7). La predicación apostólica, por tanto, debe tender a formar en el corazón de los fieles la caridad, porque es la plenitud de la Ley (Rom. 13, 10) y constituye el gran mandamiento de Cristo Jesús, su testamento; sus discípulos serán reconocidos por esa marca (Jn. 13, 34-35). La enseña, por consiguiente, de Cristo es la caridad, y quien quiera pertenecer a su milicia debe estar marcado con esa impronta. Siendo la ca-

ridad, por otra parte, el arma más eficaz del apostolado, es natural que todos los trabajos de S. Pablo, lo mismo los llevados a cabo de viva voz con aquella su palabra ardiente y comunicativa, que subyugaba las inteligencias y cautivaba los corazones; que los realizados por medio de sus escritos, en que derrama a torrentes su alma afectuosa, a la vez que la verdad del Evangelio, sean una clara manifestación de su amor para con sus hermanos, sin distinción de razas ni de clases, de igual manera que tampoco la caridad de Cristo, que se inmoló por todos los hombres, conoció límites. A ejemplo de Jesús que convocó a los pobres, a los atribulados y oprimidos y, sin rechazar a nadie, guardó para ellos los cariños más acendrados de su corazón, así también desciende el apóstol a los estrados sociales más ínfimos, que se debatían entre sordos afanes, anhelos y esperanzas; que se sentían apesados por la angustia y la inseguridad de su existencia, sin encontrar en sus contemporáneos la más mínima preocupación. Y ejerce todas las funciones de su ministerio apostólico con suma perfección y delicadeza: como cuidador de almas, se compara con un padre, que engendra en Cristo a sus hijos a la vida nueva de la fe (1 Cor. 4, 15); con una madre, para quien el hijo recién nacido es el más querido (Gal. 4, 19); su ternura es como la de una nodriza que cuida de sus pupilos y está dispuesta a derramar voluntariamente por ellos su sangre, señal suprema del amor (1 Tes. 2, 7-8). Su actividad sacerdotal, en fin, es una especie de maternidad espiritual: "Por vosotros sufro dolores de parto" (Gal. 4, 19), que estriba en alumbrar en los demás la imagen de Cristo, instaurando su reinado en las almas. ¡Con qué cordialidad y confianza trataba también a sus colaboradores, como se desprende de los saludos y despedidas, con que generalmente empieza y termina sus cartas! ¡Y cuán grande su cuidado personal por cada uno de los nuevos cristianos! Todos estaban dentro de su corazón y eran objeto de su recuerdo, después que cada uno de ellos había sido exhortado y alentado a que caminase de una manera digna de Dios, que lo había llamado a su reino y gloria (2 Tes. 2, 12). Se ha hecho, en una palabra, el servidor de todos, según el precepto del divino Maestro (Lc. 22, 25-27), adaptándose a su temperamento, a sus necesidades, a sus puntos de vista, a la inteligencia de cada uno. "Me hago judío con los judíos para ganar a los judíos. Con los que están fuera de la Ley, me hago como si estuviera fuera de la Ley, para ganarlos a todos. Me hago con los flacos flaco, para ganar a los flacos; me hago todo para todos, para salvarlos a todos" (1 Cor. 9,20-22). "Todo para todos", tal es el mejor programa del apostolado cristiano.

Y es que S. Pablo consideraba las almas como un regalo de Dios que le había sido confiado y, a ejemplo del Buen Pastor, que amó a sus ovejas hasta el sacrificio, estaba dispuesto a entregar su vida por ellas. "Aunque tuviera que libarme sobre el sacrificio y el servicio de vuestra fe, me alegraría y congratularía por todos vosotros" (Filp. 2, 17). "Haceos, pues, imitadores de Dios —exclama— y caminad en el amor, así como Cristo os amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y víctima a Dios en fragancia de suavidad" (Ef. 5, 1-2). De la misma manera que un padre se complace en hallar sus rasgos personales en sus hijos, el Padre celestial lo desea en los suyos de adopción. La gracia imprime ya en nosotros la semejanza divina, pero debemos hacerla perfecta por la práctica de las virtudes, especialmente de la caridad, porque Dios es caridad. En consecuencia, aprecia ante todo el amor, y, en esa emulación de caridad, no hemos sido nosotros los que hemos tomado la delantera; es Cristo Jesús quien nos ha amado primero, dándonos la prueba mayor de amor, al entregar su vida por nosotros, ofreciéndola voluntaria y amorosamente, ofrenda expiatoria que encuentra su última razón de ser en la caridad del Padre, que "nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados" (Col. 1, 13). Si el Padre inicia la obra de la salud humana, la realiza el Hijo y la consuma el Espíritu Santo, han querido llevarla a cabo, en la presente economía, por medio del sacerdote, que es también, por tanto, un salvador, que no debe olvidar, ni por un momento, su tremenda responsabilidad de trabajar en la salvación de las almas, y que su santidad personal es el medio que se le exige para conseguirla. Solamente un hombre lleno de Dios y de Cristo es una prueba viva de Dios y de Cristo, en la que el mundo puede creer. De ahí el gran ejemplo persuasivo del Apóstol al recorrer el mundo en cumplimiento de un deber sagrado, obedeciendo en todo el mandato recibido en el camino de Damasco (Hech. 26, 12 sig.). Y si no se mostró desobediente a la visión celestial, sino que se lanzó a cumplir el mandato divino, primero en Damasco, a continuación en Jerusalén y por toda la Judea, y, por último, a los gentiles de todo el Imperio romano para anunciarles la penitencia y la conversión a Dios por obras dignas de penitencia; si su capacidad de resistencia fue tal, que rayaba en lo sobrehumano, en tal modo que pudo decir que "desde Jerusalén hasta la Iliria y en todas direcciones había predicado cumplidamente el Evangelio de Cristo, y que no teniendo ya campo en esas regiones, deseaba ir a España" (Rom. 15, 19-24), es porque encontraba su recóndito manantial en su amor a Cristo, en su

unión con El, iniciada en la visión primera y acrecentada en posteriores revelaciones, como una flor que nunca se marchita y cada día se desarrolla más esplendorosa.

Para anunciar incesantemente el Evangelio —recordaba a Timoteo— había recibido la gracia de Dios y el don del espíritu (2 Tim. 1, 6-7), término que no significa aquí únicamente la tercera persona de la Beatísima Trinidad, sino también una energía sobrenatural, santificante y vivificante: derramar ese espíritu, esa energía sobre sus semejantes, es el fin primario de su ministerio, predicando, a ejemplo de su maestro Pablo, a Jesucristo y Jesucristo crucificado, tema central y, en cierto sentido, único de su predicación, como había de ser el principio dominante de toda su teología. Nadie como él ha profundizado en la interpretación del misterio de la Cruz; este es el don propio que ha recibido de Dios. Por eso, no ha tenido más que esta misión: proclamar como un heraldo la cruz, fuente única de salvación. Y porque la salvación no es un sistema de filosofía, o una ciencia humana, sino que reside en un hecho: la muerte del Hijo de Dios en la cruz, él no ha predicado “con artificiosos discursos, ni con sublimidad de elocuencia o de saber, ni con persuasivos discursos de humana sabiduría, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo (1 Cor. 1, 17-26). Ha querido ser fiel al espíritu de su mensaje, anunciando el Evangelio de la manera más sencilla, sin procurar atraer la atención de sus oyentes sobre su persona, o ganar las inteligencias y las voluntades por medio de una retórica artificiosa, vacía de contenido. “Yo, hermanos—dirá a los fieles de Corinto—, llegué a anunciaros el testimonio de Dios no con sublimidad de elocuencia o de sabiduría; que nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. Mi palabra y mi predicación no fue en persuasivos discursos de humana sabiduría, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Cor. 2, 1-5).

Para S. Pablo, por tanto, el Evangelio de Jesucristo es esencialmente la predicación de la Cruz, es decir, el anuncio de un Salvador crucificado, y por cuanto la cruz de Cristo tiene su lenguaje propio, es una verdadera demostración y un argumento decisivo, él se vedará de las formas de la sabiduría humana, con el fin de no hacer vana la cruz. El mensaje cristiano, en consecuencia, debe ser presentado sobre este único fundamento: Cristo y Cristo crucificado, y despojado de todos los artificios de la elocuencia y de erudición; así es como se revela toda su eficacia, el poder de Dios. Acudir, por consiguiente, a esos recursos, equi-

vale a querer privar de su virtud propia el mensaje divino, alterar su contenido, reducir a la nada su valor. La sabiduría cristiana está en oposición con la del mundo, antítesis ya marcada por el divino Maestro en el sermón de la Montaña; y, por lo mismo, Dios ha dado de lado a esa sabiduría, como totalmente inútil, para la obra de la salud de las almas. "Que nadie se engañe —encarecerá el apóstol— si alguno entre vosotros cree que es sabio según este siglo, hágase necio, para llegar a ser sabio, porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios". (1 Cor. 3, 18-19).

S. Pablo, además, era digno del nombre de apóstol, porque no traficaba con la palabra de Dios: "Porque no somos como muchos, que trafican con la palabra de Dios, sino que sinceramente, como de Dios, hablamos delante de Dios en Cristo". (2 Cor. 2, 17). Ni introducía tampoco en el Evangelio elementos heterogéneos, ajenos por completo a su misión: "Desechando todo humano tapujo y toda astucia, en vez de adulterar la palabra de Dios, manifestamos la verdad, y nos recomendamos nosotros mismos a toda humana conciencia ante Dios" (2 Cor. 4, 2). Ha sido, por consiguiente, un heraldo de Cristo, que ha transmitido fielmente el legado que le ha sido confiado; ha sabido corresponder a la gracia de su vocación y el Evangelio, por él predicado, es absolutamente auténtico, sin alteración de ninguna clase. Así lo puede afirmar en la presencia de Dios.

Presentar, por tanto, el Cristianismo como una doctrina meramente humanitaria y social; desarrollar temas, en que se prescinde de todo carácter sobrenatural; querer hacer depender de determinadas formas de predicación el asentimiento de la inteligencia y la sumisión de la voluntad a la verdad revelada, es adulterarlo y rebajarlo y el ministro, que así procediera, sería un falso testigo del Evangelio. La salvación de las almas, en efecto, está en conocer al Padre y a su Enviado Jesucristo (Jn. 17, 3), declarando el depósito de la revelación; la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, es decir, es la verdadera sabiduría; la debilidad de Dios es más poderosa que la fuerza de los hombres, o más bien, es la verdadera fuerza. (1. Cor. 1, 25).

Y por cuanto la verdad contenida en el depósito de la revelación es intangible, nadie puede modificarla. Quien, por tanto, da entrada en su mensaje a elementos extraños a la revelación, que no convergen en Cristo Jesús, desfigura la palabra de Dios, le quita todo su sabor y la vacía de su virtud. Este es el origen, tal vez, del hastío y hasta de la aversión por parte de los fieles a la predicación de la que acostumbramos a llamar palabra de

Dios, que, si fuera la verdadera, sería siempre eficaz, porque “la palabra de Dios es viva, eficaz, acerada más que una espada de dos filos por cuanto penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb. 4, 12). El ministro de la palabra, por tanto, aunque sea elocuente, que no se atenga en el ministerio de la predicación a la verdad revelada y siempre bajo el Magisterio de la Iglesia, es infiel a su misión de heraldo de Cristo, puesto que, por serlo, debe limitarse a anunciar con toda fidelidad el mensaje que le ha sido confiado; es un obrero que cultiva un campo ajeno y debe trabajar para producir y entregar los frutos a su verdadero propietario.

Para evitar todo exceso a este respecto, insistía el Apóstol, en sus últimos consejos a Timoteo, en la necesidad de “hacer obra de evangelista, desempeñando cumplidamente su ministerio” (2 Tim. 4, 5); debe “permanecer en lo aprendido y retener los sabios discursos que le había oído, inspirados en la fe y en la caridad de Cristo Jesús, guardando el buen depósito con la gracia del Espíritu Santo que habita en él” (Ibid. 1, 13-14); le ruega que “distribuya sabiamente la palabra de la verdad, que evite las profanas y vanas parlerías, que fácilmente llevan a la impiedad y cunden como gangrena” (Ibid. 2, 15-17); “las contradicciones de la falsa ciencia que extravían en la fe” (1 Tim. 6, 20). “Obrando así se salvará a sí mismo y a los demás” (Ibid. 4, 16). Adivinaba S. Pablo el futuro con colores bien sombríos, pero no le preocupaban tanto los peligros de la persecución sangrienta, ya comenzada al escribir su primera carta a Timoteo, como las perversas doctrinas de los falsos profetas.

Y hemos recordado aquí estos apremiantes avisos del Apóstol a su predilecto Timoteo, porque los juzgamos de maravillosa oportunidad en nuestros días, en que se ama la novedad más de lo debido, se pone en tela de juicio el Magisterio de la Iglesia, si es que no se lo desprecia del todo, y se intenta compaginar la fe con una actividad extraña a Jesucristo y aun hostil a Jesucristo. Se ha olvidado que la fe, por ser nuestra, no puede basarse más que en una revelación mediata, a saber, a través del Magisterio infalible de la Iglesia, el único que puede garantizar la posesión y seguridad de la verdad sobrenatural. Dios ha querido dar a su Iglesia un magisterio vivo, para declarar auténticamente lo que se contiene en el depósito de la revelación, y no ha confiado la interpretación auténtica de ese depósito a cada uno de los fieles, ni aun a los teólogos, sino tan sólo a ese Magisterio infalible por El instituido, y que viene a ser la regla de nuestra fe y condición necesaria para cualquier acto de esa fe. Obediencia

y sumisión incondicionales al magisterio de la Iglesia, "columna y base de la verdad" (1 Tim. 3,15); adhesión inquebrantable al Vicario de Cristo, en tal manera que "depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a nuestra Santa Madre la Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo". Esta regla de oro de alcance insospechado, formulada por S. Ignacio en el siglo del libre examen, es todavía de actualidad, porque también ahora se pretende ignorar el espíritu esencialmente tradicional de la Teología. Ni siquiera la Biblia, aunque fuente de la revelación, constituye por sí sola una regla de fe, y menos una regla única. Y aunque uno sea el autor de la de S. Agustín: "Yo, en verdad, no creería al Evangelio, si no Escritura y de la Tradición, ésta es anterior a aquélla y, por tanto, la autoridad de la Iglesia es una norma de fe superior. No es la Biblia, en consecuencia, la que nos garantiza la enseñanza de la Iglesia, sino ésta la que nos propone y confirma la verdad de la Sagrada Escritura, afirmación que encuentra su más alta expresión en aquella frase célebre, y a primera vista paradójica, persuadiera la autoridad de la Iglesia católica".

Cierto que no es cosa fácil desempeñar cumplidamente la misión de apóstol de Cristo en un mundo, que presenta en su vida moral tanta desorientación y confusión, siendo la miseria espiritual del hombre actual muy semejante a la del hombre de la antigüedad, apartado de Dios, decepcionado e irresponsable. Pero de la misma manera que S. Pablo y los demás apóstoles superaron la crisis intelectual y moral de su tiempo, así también el Espíritu de Dios, la gracia divina vivificará los trabajos de los actuales operarios de la viña del Señor, si, a ejemplo suyo, son verdaderos ministros del Evangelio. Se necesita ciertamente abnegación, sacrificio, oración y caridad; así será fácil, y aun gustosa, la misión que han recibido de "enseñar al mundo a guardar todas las cosas que el Hijo de Dios ha ordenado" (Mt. 28, 19-20). Si la vida del apóstol es lucha, debe terminar en victoria para la vida eterna, mediante la gracia de Cristo, que es la armadura de Dios. "Pues aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne; pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas, destruyendo consejos y toda altanería, que se levante contra la ciencia de Dios, y doblegando todo pensamiento a la obediencia de Cristo" (2 Cor. 10, 3-5).

Cuando S. Pablo, en el ocaso de su vida y en vísperas de su martirio por el Evangelio, reflexionaba, en la soledad de su prisión, sobre el cumplimiento de sus deberes de apóstol de Cristo a lo largo de su dilatada carrera, su conciencia le daba testimo-

nio de que había cumplido fielmente su misión de heraldo de Cristo Jesús, a quien había entregado su vida por la salvación de las almas. Por eso, viendo ya como derramada su sangre a manera de una libación (2 Tim. 4, 6), entona un cántico de triunfo, como viejo soldado y óptimo atleta, que ha librado un buen combate, guardando la fe a Aquel a quien se había confiado (Ibid. 4, 7; 1, 12). Por lo mismo, espera con toda confianza la corona de justicia que le estaba reservada por el Señor, justo juez, y no sólo a él, sino a todos los que han deseado con amor su venida. (Ibid. 4, 8).

FRANCISCO ALVAREZ

C. Lectoral.

BIBLIOGRAFIA

- L. MURILLO. *Paulus et Pauli scripta*. Romae, 1926.
F. PRAT. *Théologie de Saint Paul*. París, 1925.
J. M. BOVER. *Teología de San Pablo*. Madrid, 1946.
L. PIROT. *La Sainte Bible*. Tomos XI-XII. París, 1949.
J. HOLZNER. *El mundo de San Pablo*. Colección PATMOS. Madrid, 1951.
T. CASTRILLO AGUADO. *Pablo de Tarso: el hombre, el escritor, el orador y el misionero*. Sevilla, 1956.

